

NOTAS Y COMUNICACIONES

LA FASE DE TRANSICIÓN MUNDIAL Y EL DOMINIO AGROALIMENTARIO DE ESTADOS UNIDOS: UNA VISIÓN HISTÓRICO-ESTRUCTURAL

Global transition phase and United States agrifood domination: a historical-structural view

Blanca Rubio¹

Investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. México

Resumen

El presente ensayo tiene como objetivo presentar una visión panorámica del libro “El dominio del hambre: crisis de hegemonía y alimentos”, el cual se encuentra en su segunda edición, con el sello de Juan Pablos, México, 2015. Se presenta una visión histórica del dominio agroalimentario de Estados Unidos, partiendo de la postguerra, en tanto fue la etapa donde se consolidó su poder como gran potencia mundial. Se analiza también la crisis del modelo de sustitución de importaciones en los años setenta, la fase neoliberal y finalmente la etapa de transición capitalista signada por la crisis de hegemonía de Estados Unidos en el período 2003-2014. Se pretende demostrar que el dominio agroalimentario de la potencia del norte se ha fortalecido con el declive de su

¹ Agradezco el apoyo brindado por Jorge Tripp en la recopilación y sistematización de la información estadística y hemerográfica, así como en las cuestiones formales del artículo.

poder mundial. Los alimentos y las finanzas han constituido las dos herramientas centrales para recuperar el poder perdido, hecho que ha generado procesos de gran envergadura, como la crisis alimentaria mundial, un fuerte proceso de expansión y despojo de la tierra y los recursos naturales por parte del capital, y la desestructuración de las unidades campesinas en el sur global.

Palabras clave: alimentos, campesinos, crisis, dominio, hegemonía.

Summary

The objective of this paper is to present an overview of the book *The Domain of Hunger: Hegemony and Food Crisis*, which is in its second edition with the publishing house of Juan Pablos, Mexico, 2015. It presents an historical overview of US agrifood dominance beginning in the postwar period, as it was the stage where it was consolidated as a great world power. We also analyze the crisis of the import substitution model in the seventies, the neoliberal phase and finally the stage of capitalist transition marked by the crisis of US hegemony in the period 2003-2014. The idea is to demonstrate that the food dominance of the northern power has been strengthened by the decline of its global power. Food and finances are the two central tools used to recover lost power, a fact that has generated processes of great importance such as the global food crisis, a strong process of expansion and dispossession of land and natural resources by the Capital and the breakdown of peasant units in the global south.

Key words: agrifood, crisis, dominance, hegemony, peasants.

INTRODUCCIÓN

¿Por qué en la etapa actual resulta crucial investigar el dominio agroalimentario de Estados Unidos y sus consecuencias en los países del sur global?

Considero que, a partir de la globalización, la forma de dominio alimentario se mundializa, de tal suerte que no es posible explicar la situación de los productores rurales al interior de un país, sin tomar en cuenta el devenir internacional y las estrategias expansivas de los países que comandan las transformaciones capitalistas.

En particular, el inicio del declive hegemónico de Estados Unidos en el plano económico, a partir de los años setenta, provocó que los alimentos se convirtieran en una de sus armas principales para recuperar la posición de poder frente a sus rivales. A partir de entonces, ningún rincón del planeta

quedó ajeno a las estrategias de expansión alimentaria del país del norte y de las corporaciones transnacionales.

En este sentido, los campesinos y los productores rurales no son el personaje principal del libro, pero sí los inspiradores. Pues se trata de conocer las causas por las cuales el 72% de los países en el ámbito mundial, se convirtieron en dependientes de alimentos a lo largo de 20 años, (Holt, *et al.*, 2010:71), mientras los campesinos sufrieron la desestructuración de sus unidades productivas y encarnaron a los indigentes de las políticas asistencialistas, tan socorridas por los gobiernos neoliberales de la región.

Partimos de la hipótesis según la cual, los alimentos han jugado un papel fundamental en el ascenso y el declive de Estados Unidos como potencia mundial. En la etapa expansiva de la postguerra fueron utilizados para ampliar su poder a través de las empresas transnacionales, mediante la Ley Pública 480 que impulsaba la colocación de excedentes de granos en el extranjero. Durante el neoliberalismo, al declinar su poder económico frente a Japón y Europa, Estados Unidos impulsó una estrategia basada en la desvalorización de los granos para ganar los mercados de sus rivales mediante la competencia desleal, apuntalada internamente con el otorgamiento de elevados subsidios. Durante la transición capitalista mundial, en la fase de revalorización de los granos, impulsó una política centrada en la financiarización de las *commodities*, la cual trajo consigo la crisis alimentaria y el incremento del hambre en los países del sur global.

En este ámbito, el poder alimentario de la potencia del norte se fortalece con su declive, con lo cual los campesinos y pequeños productores del sur global son excluidos y despojados del valor de sus productos, así como de sus recursos naturales. Con precios bajos o precios altos, ellos salen perdiendo, mientras las grandes transnacionales alimentarias “hacen su agosto”, y Estados Unidos utiliza los alimentos en la geopolítica mundial para detener su declive.

El libro constituye pues, un recorrido histórico desde la postguerra hasta nuestros días, en el cual se desentrañan los mecanismos del dominio alimentario de Estados Unidos, vinculados a sus fases de expansión y declive hegemónico, con el afán de descubrir las causas estructurales de la debacle alimentaria de nuestros países y la marginalidad y despojo de los pobladores del campo. Aun cuando se analizan las distintas fases, se pone especial énfasis en la etapa de transición capitalista del período reciente, o por decirlo de otra manera, se hace un recorrido histórico para entender la fase actual del capitalismo alimentario.

1. LA POSTGUERRA (1945-1970)

Durante este período se sentaron las bases del poder económico y alimentario de Estados Unidos. El hecho de que la segunda guerra mundial no ocurriera en su territorio y saliera ganador de la contienda, le otorgó un poder incuestionable en todo el planeta.

El poder alimentario se centró en las características físicas de su territorio: amplias llanuras, tierras fértiles y una enorme extensión territorial que le permitió generar sobrantes por encima de las necesidades de su población.

La presencia de un sector empresarial productor de bienes básicos, con un gran poder político y económico, llevó a los gobiernos a buscar la forma de colocar los excedentes de granos y alimentos básicos en el exterior, sin deprimir el precio interno, pues esto traería el declive de las ganancias.

Para este fin se expidió la Ley Pública 480 (PL-480), que tenía como objetivo allanar el camino a la colocación rentable de los excedentes en el exterior, para lo cual se impulsaron estrategias centradas en quebrar los mercados externos para colocar las mercancías. La PL-480, fue utilizada como un arma política contra la Unión Soviética en el ámbito de la guerra fría, con el fin de alinear a los países dependientes a este conflicto en beneficio de la potencia del norte.

El medio de impulso utilizado por la PL-480, conocida como “Ayuda Alimentaria”, lo constituyeron las empresas agroalimentarias transnacionales como Cargill, las cuales crecieron ampliamente ante el poder irrestricto que les otorgaban los gobiernos norteamericanos para colocar las mercancías excedentes en otros países, utilizar la vía ferroviaria “sin poseer un solo vagón”, vender los alimentos en las monedas locales y utilizar este dinero para instalar sus filiales, a la par con otras estrategias de “mercado”, que las llevaron a consolidarse como las grandes empresas que son ahora, donde parte de su poder incluso, lo constituyó una red de espionaje más eficaz en muchos casos que la de la propia CIA.

El dominio agroalimentario de la postguerra fue básicamente el de una potencia en expansión y ascenso. Mediante las estrategias señaladas, Estados Unidos se convirtió en el principal país exportador de granos en el ámbito mundial. Sin embargo, a pesar del enorme poder que adquirió, no logró sustituir los alimentos provenientes de los entonces países del Tercer Mundo, debido a que imperaba la política de mercados cerrados y autosuficiencia alimentaria en gran parte del mundo. Si bien logró que el trigo norteamericano se impusiera en varios países como Colombia, entre otros, la mayoría de los países siguieron siendo autosuficientes en alimentos a la vez que el dominio se

centró más en cuestiones geopolíticas que en el control de los precios en el ámbito mundial. Por esta razón, los campesinos constituían los principales abastecedores de alimentos básicos en el ámbito nacional, sin que su forma productiva fuera erosionada por el dominio mundial.

Se impulsó, en cambio, el paquete tecnológico de la llamada Revolución Verde, mediante la expansión de los insumos como semillas mejoradas, fertilizantes, plaguicidas así como el uso de la maquinaria agrícola, el tractor y la trilladora mecánica. Con ello se inició el dominio tecnológico “moderno”, que subordina a los productores a través de imponerles una forma de producir ajena a sus necesidades y acorde con los intereses de las empresas que producen los insumos.

La postguerra fue, por tanto, una fase en la cual Estados Unidos sentó las bases para la penetración de las grandes corporaciones agroalimentarias, pero los mecanismos para abaratar los alimentos y las materias primas provenían básicamente de las formas de explotación de los campesinos y productores rurales al interior de los países, donde la contradicción principal se daba entre empresarios y/o terratenientes contra los pequeños productores rurales, mediada por el Estado.

2. LA CRISIS DE LOS AÑOS SETENTA (1970-1982)

Durante los años setenta ocurrió la primera crisis económica capitalista que enfrentaría Estados Unidos en su calidad de principal potencia mundial. En ella se inició el declive hegemónico de este país, debido a que su productividad del trabajo empezó a crecer menos que aquella correspondiente a sus rivales históricos, Japón y Alemania. Este hecho marcó la debilidad de Estados Unidos en el plano económico inicialmente.

La década de los años setenta constituye una etapa de transición capitalista, es decir, aquella que surge entre dos modelos productivos. En este caso el de sustitución de importaciones en declive, y el neoliberal en ascenso.

Es una etapa en la que predomina la revalorización de los bienes básicos y materias primas, pues ocurre en el contexto del alza del precio del petróleo y, con ello, la consecuente falta de control de la potencia del norte sobre el energético principal que le da vida.

Un factor muy importante que ocurrió en esta década lo constituyó la entrada de la Unión Soviética como gran comprador de granos, principalmente de trigo. Como no podía hacerse una transacción normal entre dos potencias

rivales, la exportación de trigo proveniente de Estados Unidos hacia la Unión Soviética se dio de manera clandestina y se conoció como “el gran robo de granos”, en lo que constituyó uno de los primeros signos del declive de la Unión Soviética en el ámbito mundial.

Surgió entonces una nueva división internacional del trabajo agrícola en la cual los países desarrollados se orientaron a la producción y exportaciones de bienes alimentarios básicos como los granos, la leche, la carne, etc., mientras que los países del entonces Tercer Mundo iniciaron el calvario de la dependencia alimentaria y se orientaron a la exportación de los llamados bienes no tradicionales de exportación.

Los granos básicos se, convirtieron por consiguiente, en los cultivos de vanguardia en el ámbito mundial, mientras que las materias primas de exportación que constituían la base de obtención de las divisas en América Latina, pasaron a un segundo término.

Durante los años setenta ocurrió la primera crisis alimentaria del período reciente. Los elevados precios de los granos y del petróleo golpearon fuertemente a las poblaciones empobrecidas del planeta, principalmente en África; al tiempo que el capital financiero y especulativo fluyó hacia los granos, como efecto refugio, para obtener elevadas ganancias; con esto se inauguró el fenómeno según el cual, los precios de los bienes básicos se incrementan sin que exista un desabasto o una reducción de la producción. Es decir, como fenómenos puramente especulativos al servicio del gran capital financiero.

Ante el alza internacional de los precios, la FAO llamó a una cumbre mundial con el fin de solucionar el problema que golpeaba a poblaciones enteras. Se llegó al acuerdo de lanzar “La Carta del Campesino”, con la cual se hacía un llamado a los gobiernos para que fortalecieran la producción nativa con el fin de impulsar la autosuficiencia alimentaria y apuntalar el abastecimiento nacional sin depender de los mercados extranjeros.

Paradójicamente, la carta fue expedida en 1978, cuatro años antes de que entrara en vigor el neoliberalismo y arrasara con la producción campesina en el ámbito mundial.

3. LA FASE NEOLIBERAL (1982-2003)

Al iniciar los años ochenta ocurrieron un conjunto de acontecimientos que generaron las condiciones para la salida de la crisis capitalista de los años setenta. En primer término, Estados Unidos devaluó la moneda y con ello

impuso en el mercado mundial sus productos abaratados, tomando ventaja sobre sus rivales europeos y nipones. De este forma resolvió, por la magia de la devaluación, su desventaja en la productividad del trabajo.

Tal situación permitió a Estados Unidos remontar la crisis, aunque fuera de manera artificial, pues los problemas de sobreproducción y sobreacumulación que había generado este fenómeno seguían sin resolverse.

El recurso de la devaluación como mecanismo de competencia, marcaba con toda claridad la transformación de Estados Unidos, de una potencia productiva a una financiera, con lo cual los mecanismos de dominio serían trasladados también, de la esfera propiamente industrial al sector especulativo.

En segundo lugar, Estados Unidos recuperó el control sobre los precios del petróleo, merced al impulso de la energía nuclear y el descubrimiento de mantos petrolíferos en su zona de influencia (México y el mar del norte). Con ello, el precio del hidrocarburo bajó de 36. 83 a 14.43 dólares por barril (FMI, 2016).

El declive de los precios del petróleo trajo consigo la caída en los precios de los alimentos y materias primas, con lo cual se redujeron los costos industriales y salariales. Con ello se logró apuntalar uno de los mecanismos contrarrestantes del declive de la tasa de ganancia.

El tercer elemento y uno de los más importantes para la salida de la crisis, lo constituyó la derrota de las clases subalternas, en particular de los sindicatos obreros, mediante los mecanismos como el desempleo y la inflación —la cual deteriora en mayor medida el salario que el precio de los bienes de origen industrial—. Estos factores influyeron en el declive de la combatividad obrera, con lo cual fue posible elevar la cuota de plusvalía y, con ello, sentar las condiciones para el incremento de la cuota de ganancia.

La salida de la crisis permitió al capitalismo de los años ochenta ingresar en una nueva fase productiva, sustentada sobre una base tecnológica distinta. Se trataba del modelo neoliberal, fuertemente excluyente.

El rasgo principal de dicho modelo lo constituye el dominio del capital financiero sobre el productivo, lo cual genera que los intereses de un sector parasitario se impongan sobre aquellos de los sectores que producen valor, con lo cual se configura un ciclo perverso del capital, que impide la reinversión rentable de la plusvalía y la acumulación ampliada del capital, con lo que se recrudecen los procesos de sobreacumulación y subconsumo que quedaron sin solución en la crisis de los años setenta.

El dominio del capital financiero sobre el productivo implica que parte del valor producido en las actividades como la pequeña y mediana industria y la agricultura, se transfiera hacia el sector financiero, inaugurando con ello nuevas formas de dominio y subordinación sobre los sectores productivos. De igual forma, la deuda pública de los países subdesarrollados, constituyó un mecanismo de transferencia de valor desde el sur global hacia el norte desarrollado.

En el marco del modelo Neoliberal, se impulsó la fase agroalimentaria global de 1982 al 2003. Ante el declive de la productividad del trabajo, Estados Unidos privilegió a los alimentos, junto con las finanzas, como los elementos más importantes para enfrentar a sus rivales económicos.

Impulsó un mecanismo de competencia centrado en la desvalorización interna de sus productos agrícolas. “El trigo se exportaba 46% por debajo del costo de producción y el maíz un 20% respectivamente” (Mittal y Rosset, 2003:121).

Los productores internos eran compensados de los bajos precios con elevados subsidios, principalmente dirigidos hacia una élite de grandes empresarios y corporaciones agropecuarias. Con los precios artificialmente abaratados, se impulsó la competencia con Japón y la Comunidad Económica Europea.

Sin embargo, los países desarrollados opusieron obstáculos a la entrada de los alimentos provenientes de Estados Unidos. En el caso de Japón, a pesar de producir el arroz en forma ineficiente, se implantaron fuertes barreras a la entrada del arroz norteamericano, mientras que la Comunidad Económica Europea se volvió excedentaria en los años setenta, principalmente de trigo, con lo cual empezó a disputarle a Estados Unidos los mercados de sus antiguas colonias.

Esta competencia mundial determinó que surgiera el verdadero mercado agroalimentario mundial de alimentos básicos, anteriormente caracterizado por el predominio casi absoluto de Estados Unidos.

Ante la imposibilidad de colocar sus excedentes en los países desarrollados, Estados Unidos se volcó hacia los países del Tercer Mundo, los cuáles resentían la crisis de la deuda. Es entonces, a partir de los años ochenta, que Estados Unidos inició el dominio alimentario basado en las exportaciones de alimentos abaratados hacia los países de América Latina.

De esta forma, durante el neoliberalismo se instauró una nueva forma de dominio centrada en la desvalorización de los bienes alimentarios, la cual trajo consigo la desestructuración de las unidades productivas en los países del sur global, toda vez que los productores no pudieron competir con los bienes por

debajo del costo provenientes de Estados Unidos y la Comunidad Europea, en tanto no contaban con los subsidios compensatorios para paliar los bajos precios. Cuando lograban vender sus productos se los pagaban por debajo del costo, de modo que no tenían posibilidades para recuperar los gastos invertidos y, con ello, iniciar un nuevo ciclo productivo.

El mecanismo principal utilizado para imponer sus mercancías abaratas en los países del sur global fueron los tratados de libre comercio, a través de los cuales se derribaban las barreras arancelarias y permitían entrar libremente los bienes en esta competencia desleal.

“Por ejemplo, la FAO estimó, de manera conservadora, que 20-30 millones de campesinos fueron desplazados en los años 1990 luego de la instauración de la OMC, y en México más de dos millones de campesinos perdieron su tierra por los impactos de desestabilización causados por el NAFTA” (Madeley, 2000:75; Carles, 2003, citado por McMichael, 2012:682).

El proceso basado en la desvalorización de los bienes básicos se fincó en una nueva base tecnológica. Aun cuando el paquete mecánico químico de la Revolución Verde siguió siendo dominante, se impulsó la biotecnología y biogenética con el uso de los cultivos transgénicos, el impulso de los monocultivos altamente depredadores del medio ambiente, basados en el despojo de la tierra y los recursos naturales de las poblaciones rurales.

Las consecuencias fundamentales del orden agroalimentario global y el dominio neoliberal impulsado por Estados Unidos y los países desarrollados, lo constituyó el hecho de que, la mayoría de la población rural del planeta quedaría excluida de la producción, mientras una elite de productores en un puñado de países, concentró la producción y las exportaciones de la alimentación básica para abastecer a la población mundial.

Los alimentos básicos que sustentan la vida se convirtieron en un negocio exclusivo de los poderosos. Los pequeños campesinos se volvieron los parias de la globalización, perdieron su razón de ser como proveedores de alimentos, cultivadores del suelo, poseedores de la tierra y el agua.

La desvalorización impulsada como mecanismo de competencia con los rivales y dominio con los dependientes, cumplió una función esencial en el proceso de acumulación global. Proporcionar bajos costos de las materias primas para la industria y alimentos baratos para mantener una fuerza de trabajo mundializada y precaria.

Por su parte, la desestructuración de las unidades productivas en los países del sur global, proveyó las huestes de migrantes que nutrieron de fuerza de trabajo

barata a los centros desarrollados o bien, a las empresas maquiladoras que se establecieron en los países pobres. Ya no se les necesitaba como proveedores de alimentos sino como fuerza de trabajo precarizada, en un mundo normado por la competencia basada en bajos salarios.

Desde un punto de vista estructural, la estrategia basada en la desvalorización trajo consigo que se erradicara la renta de la tierra, como un valor de más por encima de la ganancia media. Al establecer los precios por debajo del costo, no se reeditaba ni siquiera la ganancia, mucho menos la renta. Esta constituyó la gran proeza del neoliberalismo, pues la renta de la tierra constituye un sobreprecio que encarece los alimentos y materias primas en detrimento de la industria.

La erradicación de la renta de la tierra, además, se logró mediante la estrategia de compensar con subsidios a los productores de Estados Unidos, los cuales se financian con los impuestos de la población, por lo que, la industria y los gobiernos salen librados de este costo.

El capitalismo neoliberal logró, por tanto, abaratar los alimentos sin la necesidad de los campesinos y sin que la industria tuviera que pagar los subsidios. Esta “hazaña” se obtuvo, sin embargo, fragilizando la alimentación mundial, pues se encuentra concentrada en unos cuantos países y, en ellos, en unos cuantos productores, con lo cual resulta riesgoso cualquier factor climático o de guerra para asegurar el abastecimiento de la alimentación mundial.

Como señalamos, el 72% de los países perdieron la capacidad para abastecer de alimentos a su población. Esto quiere decir que el elemento más sensible para la preservación de la vida, los alimentos, se encuentran concentrados en las potencias alimentarias que marcan las pautas económicas del mundo. Se trata, metafóricamente hablando, del dominio del hambre.

4. LA TRANSICIÓN CAPITALISTA (2003-2015)

En el año 2003 se inició el proceso de transición capitalista que entrañaba el declive del modelo neoliberal, es decir de una forma de organización y explotación del trabajo por el capital, y el inicio de un modelo aún inédito, en proceso de configuración.

El año 2003 marcó la salida de la crisis de las punto.com, empresas electrónicas y de comunicaciones, así como el ascenso del precio del petróleo que trajo consigo la segunda guerra de Irak, impulsada por Estados Unidos.

Al reducirse la oferta de petróleo de Irak debido a la invasión militar del país norteamericano, junto con el declive del dólar, se disparó el precio del hidrocarburo que se había mantenido estable durante los veinte años de la etapa neoliberal.

El aumento en el precio del petróleo anunciaba un cambio de época y el advenimiento de profundas turbulencias en la economía mundial. Se dejaba atrás la etapa signada por la desvalorización de las mercancías para arribar a una fase caracterizada por la revalorización de los bienes primarios. Este proceso fue también el preludio inevitable de la crisis capitalista que estalló en el 2008, con una intensidad solo semejante a la que ocurrió en la crisis del 29 del siglo pasado.

La crisis capitalista constituyó una crisis multidimensional, pues fue de corte financiero, económico, energético, alimentario y productivo. Esta crisis forma parte, además, de la crisis civilizatoria que ha puesto en entredicho la supervivencia de la humanidad ante el deterioro climático y el peligro de una conflagración mundial.

El origen fundamental de la crisis provino del hecho de que, los problemas de sobreacumulación y subconsumo que estallaron en la crisis de los años setenta quedaron sin resolverse, pero además se potenciaron enormemente debido al dominio del capital financiero sobre el productivo.

El hecho de que se redujeran fuertemente las posibilidades de realizar la plusvalía ante la estrechez del mercado, generó que enormes cantidades de capital de inversión fluyeran hacia el sector financiero y especulativo, con lo cual se fue ampliando la brecha entre el valor creado y su representación dineraria.

Después de la crisis de las empresas electrónicas, el capital fluyó hacia el sector inmobiliario, donde se generaron condiciones de inversión rentable debido a que se dieron créditos para la construcción en Estados Unidos, con poca confiabilidad, mismos que involucraron a un amplio número de instituciones financieras.

En este contexto, la inversión en sectores especulativos y el endeudamiento de amplios sectores de la población, generaron una ilusión de crecimiento, a la que confluyeron múltiples capitales involucrados en las altas ganancias. Cuando la Reserva Federal de Estados Unidos subió las tasas de interés, un amplio grupo de deudores se vio imposibilitado para pagar las deudas, con lo cual se fracturó la burbuja especulativa que se había creado alrededor del sector inmobiliario.

De esta suerte, la crisis empezó inicialmente en dicho sector en el año 2007. Los fondos especulativos huyeron del sector inmobiliario cuando se empezó a hundir y fluyeron hacia las *commodities*, con lo cual, el precio del hidrocarburo subió a los históricos 145 dólares por barril en mayo del 2008 (FMI, 2016). Dichos fondos fluyeron también hacia los granos, por lo que estalló la primera fase de la crisis alimentaria en mayo del 2008.

Ante la falta de pagos del sector inmobiliario, los bancos y aseguradoras empezaron a quebrar y frente a la negativa del Gobierno de Estados Unidos de rescatar al banco Lehman Brothers, cundió la incertidumbre y estalló la crisis financiera largamente anunciada, el lunes “negro” del 20 de septiembre de 2008. Cuando los bancos dejan de prestar al sector industrial y agrícola, la crisis financiera se convierte en crisis productiva. Esto ocurrió en el 2009, año en el cual sobrevino la crisis industrial iniciada en el sector automotriz de Estados Unidos. Con ella estalló la crisis propiamente dicha, la productiva, con el declive de la cuota de ganancia, que genera el desempleo, la quiebra de empresas, la ruina de capitales y el fortalecimiento de los procesos de concentración y centralización del capital intrínsecos al capitalismo.

A la par con la crisis capitalista emergió la crisis de hegemonía de Estados Unidos que se había iniciado como un declive. Cuando el país del norte perdió el consenso de las clases dominantes del mundo y empezó a imponer su poder como dominio unilateral, sobrevino la crisis propiamente dicha.

El declive del poder de la potencia del norte afiló las garras del dominio agroalimentario mundial. El eje de análisis en este punto lo constituyen, por tanto, las estrategias de dominio y subordinación impulsadas por la potencia del norte ante la crisis capitalista que enfrentaba.

La primera estrategia que desplegó en este terreno fue la comercial. Toda vez que la participación en las exportaciones mundiales de granos de Estados Unidos había declinado frente al ascenso de potencias emergentes como Kazajistán, Ucrania, Argentina, Brasil, Paraguay, India, Vietnam y Tailandia, los gobiernos del país del norte intentaron dominar el mercado agroalimentario a través de las cumbres mundiales como la de Doha. Sin embargo, el surgimiento de los BRICS, y su lucha contra los precios “dumping” y las políticas de subsidios de Estados Unidos y la Unión Europea, logró descarrilar las cumbres mundiales.

Tal situación reflejaba la debilidad de la estrategia comercial en una etapa de precios altos y revalorización de las *commodities*. No era lo mismo conquistar el mercado mundial con los precios abaratados de la fase neoliberal, que intentar colocar los excedentes a precios estratosféricos.

A pesar de lo anterior, Estados Unidos fortaleció su política de elevar los subsidios a sus productores como medida de competencia mundial. En la Nueva Ley Agrícola del 2008, incluyó apartados en los que se permitía aumentar los subsidios, no únicamente cuando declinan los precios sino cuando caen los rendimientos (Khor, 2008:1). Esto le permitía elevar los subsidios en plena euforia de los precios en el ámbito mundial.

Junto con esta medida, Estados Unidos impulsó una embestida por aumentar los acuerdos comerciales con un gran número de países, con el fin de asegurar la colocación de sus mercancías sin aranceles. Mientras en la fase neoliberal solamente firmó acuerdos con Israel y el TLCAN con Canadá y México, durante la fase de transición firmó acuerdos con 33 países, en un intento por retomar el poder perdido en el mercado agroalimentario mundial.

En cuanto a la crisis energética, Estados Unidos impulsó la siembra de los agrocombustibles con el fin de enfrentar la pérdida del control del precio del petróleo. Aun cuando el etanol y el biodiésel no constituyen verdaderos sustitutos del petróleo —pues se requieren 1.3 kilocalorías del hidrocarburo para producir una kilocaloría de agrocombustibles (Aguirre, 2007:1) —, el impulso de esta estrategia se encontraba preferentemente en el ámbito de la seguridad energética, toda vez que el petróleo mundial está concentrado en países no occidentales y en empresas estatales, fuera del control de Estados Unidos.

Finalmente, los agrocombustibles resultaron un enorme negocio para las empresas petroleras que deberían verse afectadas por la competencia, así como aquellas que ingresaron en este negocio, como Cargill, ADM, etc.; toda vez que se trataba de una producción altamente subsidiada por el gobierno.

La tercera estrategia, pero no menos importante, lo constituyó la financiera. Esta consistió en la desregulación del mercado de futuros de las *commodities*, permitiendo la entrada de capital especulativo, con lo cual tanto el petróleo como los granos se convirtieron en efecto refugio ante la caída de las ganancias de dichos fondos de inversión. Con ello, pudieron salir librados de la crisis que enfrentaban en el terreno propiamente financiero, pero además, constituyeron el factor fundamental que elevó los precios de estos bienes primarios a niveles inéditos como se verá después.

En este contexto, la financiarización de las *commodities* se tornó una de las herramientas de dominio más importantes contra el declive económico de Estados Unidos y a favor del capital financiero y especulativo que enfrentaba una situación adversa.

En el ámbito de las estrategias de dominio impulsadas por Estados Unidos para enfrentar la crisis capitalista, emergió la crisis alimentaria mundial, la cual constituye el fenómeno más relevante de la transición en el ámbito agroalimentario.

Entendemos por crisis alimentaria un fenómeno complejo, caracterizado por el alza estructural del precio de los alimentos en el ámbito mundial, estrechamente vinculado a la crisis capitalista y, en particular, al proceso de financiarización, que genera elevadas ganancias a un conjunto de empresas golpeando fuertemente a los países deficitarios en alimentos y a los pequeños productores rurales, profundizando los procesos de pobreza y desnutrición y generando movimientos sociales en un amplio grupo de países.

Aun cuando todos los especialistas reconocen el fenómeno de la crisis alimentaria, existe un debate amplio sobre las causas que la originan. Desde las posiciones multicausales, que consideran en un mismo nivel factores como el impulso de los agrocombustibles, la financiarización, el declive de los rendimientos productivos y el aumento en el precio del petróleo, como la del Relator para el Derecho a la Alimentación de la ONU, Oliver de Schutter, o aquellas que enfatizan el dominio de las empresas agroalimentarias que llevaron a la dependencia alimentaria a un elevado número de países, como GRAIN y Alejandro Nadal (Rubio, 2015: 194-195), o bien las posiciones más conservadoras como la de Paul Collier, posteriormente retomada por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, que señala que la causa principal del aumento de precios provino del incremento de la demanda de granos por parte de China e India, ante el aumento de las clases medias que trajo un mayor consumo de carnes (Bello, 2009:1).

A diferencia de estas posiciones, en el libro se sostiene que la causa principal de la crisis alimentaria proviene de una estrategia de dominio de Estados Unidos, por lo que no se trata de un proceso económico insoslayable al desarrollo del sistema. Por el contrario, la crisis alimentaria fue resultado, como lo señalamos, de la financiarización de las *commodities*, que permitió al sector especulativo fluir hacia los mercados de futuros del petróleo y los granos como efecto refugio, hecho que elevó los precios a niveles inéditos, a pesar de que la producción y la reserva de los granos se mantuvo lo suficientemente alta como para abastecer a la población mundial.

En el libro sostenemos que la crisis alimentaria no es una crisis propiamente productiva en términos capitalistas, por el hecho de que no declina la tasa de ganancia, sino, como vimos, aumenta entre las grandes corporaciones agroalimentarias, ante el incremento en los precios de los cultivos.

Sin embargo, reconocemos el hecho fundamental de que, si el capital financiero y especulativo pueden provocar incertidumbre en las *commodities* para refugiarse e incrementar los precios, es porque existe una debilidad intrínseca al sector agroalimentario mundial que ocurre por tres razones: en primer lugar, la concentración de las exportaciones en un puñado de países y, en ellos, en una élite de productores, lo cual fragiliza el abastecimiento mundial de alimentos. En segundo lugar, el declive en el crecimiento de los rendimientos productivos que ha venido como consecuencia del agotamiento del modelo técnico de la revolución verde y, en tercer lugar, el cambio climático.

Entonces, sobre la fragilidad estructural del sector se monta el dominio del capital financiero para obtener elevadas ganancias, aumentando los precios de los alimentos a pesar de que no existe déficit productivo ni declive de las exportaciones alimentarias.

En la segunda edición del libro se incluye en las posiciones del debate la de Armando Bartra, toda vez que inició una discusión en su artículo titulado “Campesinos del tercer milenio: aproximaciones a una quimera”, publicado en el número 10 de la Revista ALASRU-nueva época.

La posición de este autor consiste en señalar que sí se trata de una crisis productiva centrada en el declive productivo y “en la tendencia al deterioro de las premisas agroecológicas de la producción y la escasez” (Bartra, 2013:26).

Como se demuestra claramente en el libro, no existe declive productivo, sino un debilitamiento de las premisas productivas, que permite generar la incertidumbre necesaria para que el capital especulativo impulse los precios de los bienes básicos. Una respuesta pormenorizada al texto de Bartra se encuentra en el ensayo titulado: “Respondiendo al debate: la polémica sobre la crisis alimentaria”,² para quienes deseen profundizar en ella.

La crisis alimentaria se manifestó en dos fases principales. La primera que ocurrió en el 2008, comandada por el arroz, en la cual los fondos especulativos que estaban perdiendo ganancias en el ámbito inmobiliario fluyeron hacia las *commodities* al estallar la crisis en este sector. La segunda

² El artículo forma parte del libro *Ciencia, tecnología e innovación en el sistema agroalimentario de México. Hacia un enfoque integral de la producción, la dieta, la salud y la cultura en beneficio de la sociedad*, Daniel Martínez-Carrera y Javier Ramírez (Editores), publicado por el Colegio de Postgraduados Campus Puebla. El debate se encuentra también en un video en YouTube en la siguiente dirección: <<https://www.youtube.com/watch?v=ARMkJbVskly>>

fase de la crisis se inició a fines del 2010 y concluyó a principios del 2011 y fue comandada por el trigo. En ella, la debilidad del dólar, acompañada por la incertidumbre que trajo consigo la suspensión de las exportaciones de trigo por parte de la Federación Rusa, trajo consigo que los fondos especulativos fluyeran hacia las *commodities*, con lo cual se elevaron fuertemente los precios de este cereal y posteriormente, por efecto cascada el de los demás granos.

En el 2012 se prefiguró el surgimiento de otra crisis alimentaria debido a una fuerte sequía en las zonas maiceras de Estados Unidos. Sin embargo, este fenómeno no coincidió con el declive de las ganancias especulativas o financieras y al final del año las fuertes lluvias impidieron que se concretara la tercera fase de la crisis alimentaria. A pesar de todo, el precio empezó a subir cuando todavía no se levantaba la cosecha, mostrando con toda claridad el mecanismo que permitía en esa época configurar una crisis alimentaria.

4.1. El impacto de la crisis alimentaria

Al igual que en la crisis alimentaria de los años setenta, el impacto más grave del fenómeno reciente, lo constituyó el aumento de la población con hambre en el mundo. Mientras en 2008 dicha población ascendió a 920 millones, en 2009 llegó a 1 023 millones, lo cual significa que la financiarización de las *commodities* trajo como consecuencia el incremento de 100 millones de personas con hambre en el ámbito internacional (FAO, 2010:4).

El fenómeno del hambre no derivó de la escasez de los alimentos, sino de su encarecimiento y, con ello, la imposibilidad para millones de personas de adquirirlos en el mercado. Por ello, el flagelo principal que ocurrió en la crisis fue el incremento de la inflación. En América Latina, el aumento de los precios registró un crecimiento de 6.3% en 2007, ya para 2008 había alcanzado el 8.7% y en varios países superaba los dos dígitos. (Soto Baquero, 2008:4).

En cuanto a los productores rurales ocurrió una cuestión paradójica. A pesar de que los precios de los granos aumentaron, ellos no se vieron beneficiados. Esto fue así, en primer lugar, debido a que el aumento de los costos —combustible, fertilizantes, insumos— fue superior al de los precios de los bienes cosechados, con lo cual los precios reales no se incrementaron.

Pero además, el proceso de oligopolización, con el dominio de las empresas transnacionales comercializadoras, trajo consigo que, aunque los precios internacionales subieran, ellas siguieron imponiendo precios internos bajos a

los productores, con lo cual se beneficiaron ampliamente, pues compraban barato y vendían caro.

Por esta razón, los verdaderos beneficiados de la crisis alimentaria fueron las empresas agroalimentarias transnacionales, tanto las vendedoras de insumos, como las comercializadoras cuyas ganancias crecieron desde 69% anual hasta 430% como fue el caso de la productora de fertilizantes Mosaic de Estados Unidos (Grain, 2009:2).

Como resultado de la crisis alimentaria, emergió la estrategia espacial de dominio, según la cual, grandes empresas de distintos rubros se lanzaron a apropiarse de las tierras y los recursos naturales como las minas, el agua, etc., ante el alza irrefrenable de los precios.

El declive de la cuota de ganancia en los países del norte, trajo consigo que los fondos de inversión se orientaran al sur global, donde la tierra, los recursos naturales y la fuerza de trabajo son baratos. Empresarios invirtiendo en agrocombustibles, cultivos básicos, megaproyectos para generación de energía, minería, etc., fluyeron ávidos de ganancias al sur. Fondos especulativos con ganancias declinantes se orientaron a invertir en la compra de tierras esperando que subieran de precio. De igual forma proliferaron las inversiones de los fondos de pensiones que buscaban incrementar el capital.

La llegada de múltiples empresas e inversiones extranjeras en el sur global trajo consigo, en primer lugar, un fortalecimiento del proceso de agroindustrialización, con la característica esencial de constituir estructuras de enclave, es decir, procesos que no logran integrar al resto de las actividades, a la par que generan degradación del medio ambiente, pero sobre todo, despojo de las tierras y los recursos naturales de las comunidades y formas productivas de los pequeños productores rurales.

En el contexto del acaparamiento de tierras que trajo la expansión espacial del capital, ocurrió el proceso de dislocación, según el cual, tanto gobiernos como empresas privadas de un conjunto de países, empezaron a comprar tierras de buena calidad en otros países para sembrar los bienes básicos para la alimentación, con el fin de no depender del mercado agroalimentario mundial. Fueron China, India, Corea, Japón y los países petroleros que compraron tierras en Mongolia y Rusia Oriental, Indonesia, Uruguay, Paraguay, Brasil, Birmania, Uganda, Camboya, Sudán y Paquistán (Grain, 2009b:2).

Como resultado del acaparamiento de tierras y la dislocación, más de 20 millones de hectáreas de tierras agrarias fueron objeto de transacciones que

implicaron a compradores extranjeros, lo que se llamó la extranjerización del acaparamiento de tierras. (Duch, 2010:26).

Por otra parte, durante la transición capitalista ocurrieron un conjunto de transformaciones estructurales propias de una fase de cambio. En primer término, la estructura productiva mundial se modificó, en tanto los cultivos energéticos como el maíz, la caña de azúcar, la palma africana, empezaron a crecer más rápidamente en superficie que los cultivos básicos para la alimentación que no son utilizados como agrocombustibles, como el arroz, el trigo y el frijol.

En cuanto al capital, se observó un cambio en los sectores dominantes, anteriormente constituidos por las empresas comercializadoras, productoras de insumos etc. Empezó a constituirse un capital integrado por empresas con orientación hacia la comercialización, pero también, con fuertes intereses energéticos y financieros.

Por su parte, se fortaleció la división del trabajo según la cual nuestros países se orientaron a la exportación de materias primas, ahora energéticas, mientras los países del norte se reafirmaron como los exportadores de los alimentos básicos para la población.

En el ámbito del vínculo contradictorio de la industria sobre la agricultura, el proceso de revalorización de los bienes agrícolas generó el resurgimiento de la renta de la tierra que había logrado ser prácticamente erradicada durante el neoliberalismo. Asimismo, surgió también una renta financiera como resultado de la especulación con las tierras, lo cual encareció aún más los productos agropecuarios.

La reaparición de la renta de la tierra generó el incremento en el precio de las tierras y un proceso a través del cual la industria debió pagar un sobreprecio a la agricultura en el intercambio de productos, lo que constituye un freno al proceso de la acumulación en el sector que encarna el corazón del capitalismo.

En el libro se planteó, con toda claridad, que el proceso de revalorización y el resurgimiento de la renta de la tierra constituían un proceso transitorio y no un nuevo modelo de acumulación “primario exportador”, toda vez que no han existido modelos de acumulación con precios altos de las materias primas, ya que el abaratamiento de éstas constituye una condición para mantener a la baja la tasa de ganancia. Durante el modelo de sustitución de importaciones el precio del petróleo no pasó de dos dólares por barril, mientras que en el neoliberalismo estuvo siempre por debajo de los 30 dólares por barril (FMI, 2016).

Finalmente, otro rasgo estructural lo constituyó el establecimiento de formas inéditas de dominio y explotación. El pago por debajo del precio internacional a los productores rurales por parte de las empresas agroalimentarias, constituyó una forma de extracción del excedente producido, mientras que la forma de dominio predominante fue la del despojo de la tierra y los recursos naturales.

Se constituyó, por tanto, un dominio agroindustrial, energético, financiero y espacial, que trajo consigo un fortalecimiento de la descampesinización y la desestructuración de las unidades productivas en los países del sur global, por lo que llegamos a la conclusión de que los campesinos pierden cuando los precios están bajos, pero también cuando los precios están altos.

El libro concluye con una breve reflexión sobre la resistencia campesina. Ante el dominio mundial sobre los productores rurales, surgió una organización también internacional para enfrentar el poder de las grandes empresas agroalimentarias. Vía Campesina se constituyó como la organización esencial que enfrentó las rondas comerciales, los tratados de libre comercio, los procesos de competencia desleal contra los pequeños productores y, más recientemente, el proceso de despojo y acaparamiento de tierras. Esta organización ha dado voz a los campesinos de África, Asia y América Latina, frente al dominio que los arruina y los excluye de la producción.

Junto con esta organización mundial se construyó una resistencia frente a la crisis alimentaria. En la primera fase ocurrida en 2008, surgieron movimientos contra la carestía de los alimentos en países fundamentalmente de África, mientras que en América Latina fue paradigmático el caso de Haití, donde la población desesperada acabó comiendo tortas de lodo con aceite, y las movilizaciones llevaron a la destitución del primer Ministro.

En la segunda fase de la crisis alimentaria, durante los años 2010 y 2011, cundieron los movimientos en un conjunto de países con gobiernos autoritarios que llevaban muchos años en el poder, se combinaron con el encarecimiento de los alimentos y, con ello, emergió la llamada “primavera árabe”, que inició con el levantamiento en Túnez. Estos movimientos dejaron claro, como diría el poeta Miguel Hernández: “Tened presente el hambre”.

El libro *El Dominio del hambre* salió publicado en su primera edición en 2014 y en un año se agotó. Por esta razón, en 2015 salió la segunda edición con un prólogo de Francois Houtart y un epílogo de mi parte.

En este último se intentan rescatar las transformaciones más importantes que ocurrieron en los últimos dos años. A una fase de revalorización de las

materias primas sobrevino, en 2014, otra de precios bajos del petróleo y los granos (FMI, 2016). No fueron los agrocombustibles los sustitutos del petróleo sino el gas y petróleo shale, proveniente de Estados Unidos, que inundó los mercados y trajo consigo la baja del precio, en un contexto geopolítico mundial donde Arábia Saudita se negó a bajar la producción para contener la caída de los precios.

En esta coyuntura, además, la revaluación del dólar, el elevamiento de las tasas de interés en Estados Unidos y la desvalorización de las materias primas, se da en el contexto de la incipiente salida de la crisis de las potencias desarrolladas, principalmente de Estados Unidos, a la vez que, como señalaba Prebisch, los países desarrollados trasladan la crisis a los subdesarrollados.

Nuestros países enfrentan ahora el declive de los precios de las materias primas de exportación, la desinversión de los capitales extranjeros, el elevamiento de las tasas de interés en un contexto de deudas altas y el declive de la demanda de China, que orienta su producción hacia el mercado interno.

Estos factores han debilitado al polo contrahegemónico del cono sur en América Latina y presagian una derechización de los gobiernos en la región. Al mismo tiempo, la crisis alimentaria se transforma en crisis productiva ante el declive de los precios y de la ganancia, en un contexto de declive del presupuesto de los gobiernos, por lo que se perfilan fuertes nubarrones para los productores rurales del sur global.

En cambio, se debilita el proceso de despojo y la expansión espacial se ralentiza ante la caída de los precios de las materias primas, por lo que se inician formas inéditas de dominio sobre los productores rurales.

Los avasallantes cambios que ocurren en el mundo en esta etapa de transición nos llevan a seguirle los pasos al dominio agroalimentario en el marco del declive hegemónico de Estados Unidos, donde la suerte de los campesinos está echada. Solo una gran acumulación de fuerzas en el ámbito mundial podrá lograr detener la embestida del capital en la salida de la crisis y atemperar los coletazos de un gigante herido. En este cúmulo de fuerzas, la lucha campesina tiene un papel esencial.

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre, Roberto (2007). “Los biocombustibles son un modo de imperialismo biológico, diálogo con el doctor Miguel Altieri”, en *Agencia Periodística de*

- América del Sur (APAS)*, 22 de marzo, disponible en http://www.prensamercosur.com.ar/apm/nota_completa.php?idnota=2987
- Bartra, Armando (2013), “Campesinos del tercer milenio: aproximaciones a una quimera”, en *Revista ALASRU*, núm. 10, octubre, México. Pp. 17-43.
- Bello, Walden (2009). “The Global Food Price Crisis”, en *Pambazuka News*, núm. 439, disponible en <http://www.pambazuka.org/en/category/features/57228>.
- Duch, Gustavo (2010). *Lo que hay que tragar: Minienciclopedia de política y alimentación*, 3a. ed., Barcelona, Los Libros del Lince.
- FAO (2010), *Panorama de la seguridad alimentaria y nutricional en América Latina y el Caribe*. Roma
- Grain (2009), “Las corporaciones siguen especulando con el hambre”, en *Grain*, 20 de abril, disponible en <http://www.grain.org/article/entries/718-las-corporaciones-siguen-especulando-con-el-hambre>.
- ___ (2009b). “Los nuevos dueños de la tierra. Inversionistas corporativos encabezan la carrera por controlar tierras agrícolas en el extranjero”, en *Grain*, 15 de octubre, disponible en <http://www.grain.org/es/article/entries/195-los-nuevos-duenos-de-la-tierra>.
- Holt, Eric; Raj Patel, Annie Shattuck y Walden Bello (2010). *Rebeliones alimentarias: crisis y hambre de justicia*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Khor, Martín (2008), “Nueva Ley Agrícola de Estados Unidos: una mala señal para el mundo”, en *Agenda Global*, núm. 52, 22 de mayo, disponible en <http://agendaglobal.redtercermundo.org.uv/wp-content/uploads/2010/08/Agenda-Global-N%C2%BA-52.pdf>.
- McMichael, Philip (2012), “The Land Grab and Corporate Food Regime Restructuring”, en *The Journal of Peasant Studies*, vol. 39, núm. 3-4, pp. 681-701.
- Mittal, Anuradha y Peter Rosset (2003), “Perdiendo nuestra tierra: la ley agrícola de 2002”, en Armando Bartra, *Cosechas de ira. Economía política de la contrarreforma agraria*, México, Ítaca/Instituto Maya A.C. Pp.
- Rubio, Blanca (2015). *El dominio del hambre. Crisis de hegemonía y alimentos*, 2ª edición, México: Juan Pablos Editor-UACH-UAZ-COLPOS.
- ___(2016). “Respondiendo al debate: la polémica sobre el origen de la crisis alimentaria”. En Martínez-Carrea, Daniel y Ramírez, Javier (editores), *Ciencia, tecnología e innovación en el sistema agroalimentario de México. Hacia un enfoque integral de la producción, la dieta, la salud y la cultura en beneficio de la sociedad*, México, Colegio de Postgraduados Campus Puebla.

Soto Baquero, Fernando (2008). *Políticas públicas y la nueva situación en los precios internacionales de los alimentos*. Roma, FAO.

Bases electrónicas

Fondo Monetario Internacional (FMI) (en línea). *Data and Statistics*, disponible en <http://www.FMI.org/external/np/res/commod/index.aspx> Consultada en enero y febrero de 2016.

Debate sobre la crisis alimentaria (en línea)

Debate *Blanca Rubio y Armando Bartra (Crisis Alimentaria)*. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=ARMkjbVsklY>

Blanca Rubio (2016), La fase de transición mundial y el dominio agroalimentario de Estados Unidos: una visión histórico-estructural, *Revista Latinoamericana de Estudios Rurales*, I (2). Recuperado de <http://www.ceil-conicet.gov.ar/ojs/index.php/revistaalasru/article/view/87>